

Jhon Ruskin

Sarvodaya

(HASTA ESTE FINAL)

Una paráfrasis

Por: *M.K. Gandhi*

PREFACIO

En las ciencias del hombre: antropología, sociología, anatomía y fisiología, poco podemos decir de cambios; más aún, las verdades relativas también permanecen estáticas aunque nuestra tendencia sea la perfección. Así vemos que la evolución de la verdad es lenta.

Hace poco más de cien años una persona especial, John Ruskin, escribió sobre la explotación del hombre por el hombre; y una persona más grande, Mohandas K Gandhi, a finales del siglo XIX en un tren en medio del Transvaal sudafricano, tomó el mensaje de Ruskin y lo llevó hasta sus últimas consecuencias: lo aplicó en toda su vida.

John Ruskin en su ensayo "Unto this last" ("Hasta este final") nos presenta el error del hombre, en esta gran era de industrialización, de buscar el bien de todos a través de la justicia de las leyes económicas que plantean un mundo netamente físico con ventajas para algunos y desventajas para otros. Estas leyes consienten en que nuestro egocentrismo trabaje sin dejarnos discriminar entre el bien y el mal; ya que nos permiten atesorar mientras otros seres iguales a nosotros no pueden cubrir sus necesidades. Con la excusa de que algunos son más fuertes que otros, y que esto es parte de la naturaleza, lo consideramos como justicia divina. Lo negativo es que este ego sólo orienta nuestro potencial al servicio de la ilusión de que atesorar nos dará una mejor vida y nos eternizará.

El hombre como tal no es sólo un ser físico, y el cubrir sus necesidades materiales no puede ser su única motivación.

¿En qué ciencia económica encontramos que el hombre también requiere de afecto? ¿En cuál ley de mercado, economía o finanzas descubrimos el alma del hombre?

Nosotros no somos un motor de gasolina y sí un instrumento para la explotación de nuestra propia especie, tal como afirma Ruskin.

A través del afecto, como lo plantea Ruskin; y a través del bien de todos o Sarbodaya, como lo nombra Gandhi, el hombre puede prescindir de la justicia y de las absurdas leyes económicas, y buscar la libertad como meta de vida.

¿Qué acaso no es mejor una sociedad diferente donde el hombre esté al servicio del hombre, donde todos cubran sus necesidades propias y las de los demás? ¿Qué esto no es cristiano, budista, musulmán o hinduista? ¿Qué acaso no debemos buscar un mundo no equitativo sino más bien cualitativo?

Pues bien, Gandhi a través de este libro se dio cuenta que el camino de Ruskin es bueno, que existe la posibilidad de lograr lo que propone si cambiamos nuestra relación de explotación por la de amor y de afectividad; si buscamos en el mundo Sarbodaya o el "bien de todos".

Fernando Ferrara Rivero

NOTA DEL TRADUCTOR¹

En un capítulo de su Autobiografía (Parte IV, Capítulo XVIII) titulada "El encantamiento de un libro" Gankhiji nos dice que leyó el libro "Hasta este final" de Ruskin durante un viaje de 24 horas de Johannesburg a Durban. "El tren llegó al anochecer. No pude dormir esa noche. Había tomado la determinación de cambiar mi vida de acuerdo a los ideales del libro... Lo traduje más tarde al Guajarati, titulándolo Sarvodaya".

Sarvodaya aquí se traduce de nuevo al inglés, las palabras aladas de Ruskin se han retenido lo más posible.

Al final del capítulo Gandhiji nos da un resumen de las enseñanzas de "Hasta el final" como él las entendió:

1. El bien de un individuo se contiene en el bien de todos.
2. El trabajo de un abogado tiene el mismo valor que el de un barbero, ya que todos tienen el mismo derecho a ganarse la vida con su trabajo.
3. La vida de labor, por ejemplo, la vida de un campesino o de un artesano, es la vida que vale la pena vivir.

No se necesita decir más acerca de la paráfrasis de los cuatro capítulos de Ruskin, sólo la conclusión de Gandhiji, ya que fue escrita en Sudáfrica mucho antes que regresara a la India en 1915, es profética y debe ser atesorada por India para siempre. Y el último párrafo del libro es una perla sin precio.

V.G.D.

2007, *Bhadra vadi* 5

AL LECTOR

Me gustaría decir al lector diligente de mis escritos y a otros interesados en ellos que no me preocupa aparentar consistencia. En mi búsqueda por la Verdad he desechado muchas ideas y aprendido muchas cosas nuevas. Viejo como soy en edad, no siento haber dejado de crecer internamente o que mi crecimiento cesará con la disolución de la carne. Lo que me concierne es mi disponibilidad para atender la llamada de la Verdad, mi Dios, de momento a momento, y, por lo tanto, cuando alguien encuentre inconstancias entre dos escritos míos, si aún tiene fe en mi sanidad, hará bien en elegir el último de los dos sobre el mismo asunto.

M.K. Gandhi

Harijan, 29-4-'33, p.2

CONTENIDO

ENSAYO	PÁGINA
INTRODUCCIÓN	13
I LAS RAÍCES DE LA VERDAD	15
II LAS VENAS DE LA ABUNDANCIA	23
III JUSTICIA IMPARCIAL	29
IV AD VALOREM	33
CONCLUSIÓN	35

INTRODUCCIÓN

La gente de occidente por lo general consideran que todo el deber del hombre es promover la felicidad en la mayoría de la humanidad, y la felicidad por supuesto significa solamente la felicidad física y la prosperidad económica. Si las leyes de la moralidad se rompen para conquistar esta felicidad, no importara mucho. De nuevo, como el objeto buscado es la felicidad de la mayoría, los occidentales no consideran que se ha hecho algún daño si se obtiene sacrificando a una minoría. Las consecuencias de esta línea de pensamiento están plasmadas sobre la faz de Europa.

Esta búsqueda exclusiva del bienestar físico y económico llevada a cabo pasando por alto la moralidad, es contrario a la ley divina, como algunos hombres sabios de occidente han mostrado. Uno de ellos fue John Ruskin quien sostiene en "*Hasta este final*" que los hombres pueden ser felices sólo si obedecen la ley moral.

Nosotros en la India nos hemos dado en la actualidad a imitar al occidente. Es necesario imitar las virtudes del Occidente, pero no hay duda que los estándares occidentales a menudo son malos, y todos estarán de acuerdo en que debemos evitar todas las cosas malvadas.

Los indios en Sudáfrica se ven reducidos a una triste situación. Salimos al extranjero para ganar dinero, y al intentar ganar dinero con rapidez, perdemos de vista la moralidad y olvidamos que Dios juzgará todos nuestros actos. El interés en nosotros mismos absorbe todas nuestras energías y paraliza nuestro poder de discriminación entre el bien y el mal. El resultado es que en lugar de ganar algo, perdemos mucho al quedarnos en países extranjeros; o por lo menos no obtenemos todos los beneficios de esto. La moralidad es un ingrediente esencial en la fe en todo el mundo, pero independientemente de la religión, nuestro sentido común nos indica la necesidad de observar la ley moral. Sólo al observarla podemos esperar la felicidad, como Ruskin nos muestra en las siguientes páginas.

Sócrates, en la *Apología*² de Platón, nos da una idea de nuestro deber como hombres. Y fue tan bueno como su palabra. Siento que Hacia el último de Ruskin es una expansión de las ideas de Sócrates; nos dice cómo deben comportarse los hombres en diversas áreas de la vida si tienen la intención de convertir estas ideas en acciones. Lo que sigue no es una traducción de Hacia el último, sino una paráfrasis, ya que una traducción no sería particularmente útil a los lectores de la Opinión de India. Incluso el título no se ha traducido sino parafraseado como Sarvodaya (el bienestar de todos), ya que era lo que Ruskin perseguía al escribir este libro.

ENSAYO I

LAS RAÍCES DE LA VERDAD

Entre las desilusiones que en diferentes periodos han afectado a la humanidad, tal vez la mayor -ciertamente la menos honorable- es la economía moderna basada en la idea de que un código de acción ventajoso puede determinarse independientemente de la influencia del afecto social.

Por supuesto, como en el caso de otras desilusiones, la economía política cuenta con una idea plausible en su raíz. "Los afectos sociales", dice el economista, "son elementos accidentales y distraerentes en la naturaleza humana; pero la avaricia y el deseo de progreso son elementos constantes. Eliminemos lo inconstante, y considerando al hombre sólo como una máquina para hacer dinero, examinemos con qué leyes de trabajo, compra y venta, puede acumularse la mayor cantidad de riqueza. Una vez determinadas estas leyes, dependerá en adelante de cada individuo introducir la cantidad de elementos afectivos distraerentes como elija".

Este sería un método de análisis lógico si los accidentales introducidos después fueran de la misma naturaleza que los poderes primero examinados. Supongamos un cuerpo en movimiento que es influenciado por fuerzas constantes e inconstantes, la manera más simple de examinar su curso es trazarlo primero bajo condiciones persistentes y después introducir las causas de la variación. Pero los elementos perturbadores en los problemas sociales no son de la misma naturaleza como los constantes; alteran la esencia de la criatura bajo examen en el momento en que se añaden. No operan de manera matemática sino química, introduciendo condiciones que invalidan todo nuestro conocimiento anterior.

No dudo de las conclusiones de la ciencia si sus términos son aceptados. Sencillamente no estoy interesado en ellas, como no lo estoy en aquéllas de la ciencia de la gimnasia que asumían que los hombres no tenían esqueletos. Podría mostrarse, basados en este supuesto, que tendría una ventaja enrollar a los estudiantes en perdigones, aplanarlos como una torta, o estirarlos como cables; y entonces cuando estos resultados fueran realizados, se les insertaría de nuevo un esqueleto con varios inconvenientes para su constitución. El razonamiento puede ser admirable, las conclusiones válidas, y la ciencia deficiente sólo en su capacidad de aplicación. La economía política moderna se fundamenta precisamente en una base similar. Imagina que el hombre tiene un cuerpo pero no tiene alma que considerar y establece las leyes de acuerdo a esto. ¿Cómo pueden aplicarse estas leyes al hombre en quien el alma es el elemento predominante?

La economía política no es una ciencia en absoluto. Vemos qué tan inútil es cuando los trabajadores se van a huelga. Los patrones asumen un punto de vista sobre el asunto, los operarios otro; y ninguna economía política puede unirlos. Un disputador tras otro en vano intenta demostrar que los intereses de los patrones no son antagónicos a

los de los hombres. De hecho, no siempre las personas tienen que ser antagonistas porque sus intereses lo son. Si sólo hay un pedazo de pan en la casa, y la madre y los hijos están muriendo de hambre, sus intereses no son los mismos. Si la madre lo come, los niños lo quieren; si los hijos lo comen, la madre tiene que ir a trabajar con hambre. Sin embargo, no podemos afirmar que hay antagonismo entre ellos, que pelearán por el pedazo de pan y que la madre, siendo la más fuerte, lo obtendrá y comerá. De manera similar no puede asumirse que porque sus intereses son diferentes, las personas deben verse unas a otras con hostilidad y usar la violencia o astucia para obtener la ventaja.

Aun si consideráramos que los hombres no actúan por ninguna otra influencia moral que las que afectan a las ratas o cerdos, tampoco podría demostrarse de manera general que los intereses de los patrones y trabajadores son similares o que son opuestos; ya que de acuerdo a las circunstancias podría no ser ninguno de los dos. Es en realidad en interés de ambos que el trabajo se realice bien y se obtenga un precio justo; pero en la división de las utilidades, la ganancia de uno puede significar o no una pérdida para el otro. No es en interés del patrón pagar salarios tan bajos que deje a los hombres enfermizos y deprimidos, ni el interés del trabajador que se le paguen sueldos altos si un pequeño margen de ganancia del patrón le impide conducirlo de manera segura y liberal. Un fogonero no puede aspirar a un pago elevado si la empresa es tan pobre que no puede mantener las ruedas de la locomotora en funcionamiento.

Todo intento, por lo tanto, de deducir reglas de acción a partir de un equilibrio basado en la ventaja personal es en vano. Y debe ser en vano. Ya que el Hacedor de los hombres no tuvo la intención de que cualquier acción humana fuera guiada por un equilibrio basado en la ventaja personal sino por el equilibrio basado en la justicia. Por lo tanto, ha hecho que todas las acciones emprendedoras determinen que la ventaja personal sea estéril para siempre. Ningún hombre puede saber cuál será el resultado final para sí mismo o para los demás de cualquier conducta. Pero todo hombre debe saber, y la mayoría de nosotros sí sabemos, cuál es un acto justo e injusto. Y todos podemos saber también que las consecuencias de la justicia serán a fin de cuentas lo mejor posible, tanto para los otros como para nosotros mismos, aun cuando no podamos decir qué es lo mejor, o como se obtendrá.

Mi intención es incluir en el término justicia el afecto -tales afectos como los que un hombre *debe* a otro. Todas las relaciones adecuadas entre un patrón y un operativo dependen de esto en última instancia.

Como un ejemplo consideremos el puesto de los sirvientes domésticos. Supongamos que el patrón de una casa intenta obtener tanto trabajo de sus sirvientes como pueda, al nivel de salario que ofrece. No les permite estar desocupados; les da poco de comer y los aposentos son tan pobres como sea tolerable. Al hacer esto, no hay violación de su parte de lo que se le llama comúnmente "justicia". Se pone de acuerdo con el empleado doméstico sobre el tiempo y el servicio, y los contrata, los límites de

un trato arduo se establecen a partir de lo practicado por los otros patrones en el vecindario. Si el sirviente puede conseguir un lugar de trabajo mejor, está en libertad de aceptarlo.

Este es el punto de vista político-económico del caso de acuerdo a los doctores de la ciencia que afirman que a través de este procedimiento se obtendrá la mayor ventaja en el trabajo del sirviente, y por lo tanto la mayor ventaja para la comunidad, y a través de la comunidad, para el mismo sirviente.

Sin embargo, no es así. Lo sería si el sirviente fuera una máquina en la que el poder motriz es el vapor, el magnetismo o algún otro agente de fuerza calculable. Pero por el contrario, es una máquina cuya fuerza motriz es el Alma. La fuerza del Alma entra en todas las ecuaciones del economista sin su conocimiento y falsifica todos los resultados. La cantidad mayor de trabajo no será realizada por esta curiosa máquina por pago o bajo presión. Será cuando la fuerza de motivación, esto es, la voluntad o espíritu de la criatura, se lleve a su mayor fuerza por su propia energía, esto significa, por los afectos.

Sucede a menudo que si el patrón es un hombre sensible y energético, puede realizarse mucho trabajo material bajo presión; también sucede a menudo que si el patrón es indolente y débil, una pequeña cantidad de trabajo, y mal hecho, será producido por su sirviente. Pero la ley universal de la materia es que, asumiendo cualquier cantidad dada de energía y sentido en un patrón y sirviente, el mayor resultado material que puedan ellos obtener no será a través del antagonismo de uno hacia el otro, sino a través del afecto entre ambos.

Tampoco es esta afirmación menos verdadera porque con frecuencia se abusa de la indulgencia, y la bondad se recibe con ingratitud. Ya que el sirviente que, tratado con gentileza, es desagradecido, al ser tratado sin gentileza, será vengativo; y el hombre que es deshonesto con un patrón liberal, será injurioso con un hombre injusto.

En cualquier caso y con cualquier persona, un tratamiento generoso producirá la respuesta más efectiva. Estoy aquí considerando a los afectos como un poder de motivación; pero no como cosas por sí mismas deseables o nobles. Los veo simplemente como una fuerza anómala que convierten en insignificantes todos los cálculos comunes de los economistas. Los afectos sólo se convierten en un verdadero poder de motivación cuando ignoran cualquier otro motivo y condición de la economía. Trata al sirviente con bondad con la idea de convertir su gratitud en ganancias, y obtendrás lo que mereces, ninguna gratitud o valor en respuesta a tu bondad; pero trátalo con bondad sin ningún propósito económico, y todos los propósitos económicos serán respondidos; aquí como en cualquier parte, quienquiera que salve su vida la perderá, y quien la pierda la encontrará.

El siguiente ejemplo más sencillo de la relación entre un patrón y un operador es la que existe entre el comandante de un regimiento y sus hombres.

Suponiendo que el oficial sólo desee aplicar las reglas de la disciplina en sí, con la menor molestia para sí mismo, para que el regimiento sea lo más efectivo, no será capaz, por ninguna regla, en base a este principio egoísta, de desarrollar toda la fuerza de sus subordinados. Pero si tiene las relaciones personales más directas con sus hombres, el mayor cuidado hacia sus intereses, y el máximo valor hacia sus vidas, desarrollará una fuerza efectiva a través del afecto por su propia persona y la confianza en su carácter, a un grado imposible de obtener por otros medios. Esto se aplica con mayor rigurosidad a medida que las cantidades involucradas son mayores: un ataque puede tener éxito aun cuando los hombres no aprecien a sus oficiales; una batalla rara vez se ha ganado, a menos de que quieran a su general.

Un cuerpo de hombres asociados con el propósito de robar (como un clan de tierras altas en tiempos ancestrales) puede ser animado por un afecto perfecto, y todos los miembros estar dispuestos a sacrificar la vida por la de su jefe. El sirviente o el soldado están contratados con un sueldo definido por un tiempo definido; pero éste es un trabajador con un sueldo variable de acuerdo a la demanda del trabajo, y con riesgo de quedarse en cualquier momento sin trabajo por las eventualidades de la actividad. Ahora, ya que bajo estas condiciones no puede tener lugar ninguna acción del afecto, sino sólo una acción explosiva de desafecto, dos aspectos se ofrecen a considerar en el asunto:

1. Qué tanto puede regularse los sueldos para que no varíen con las demandas del trabajo;
2. Qué tanto es posible que los cuerpos de trabajadores puedan contratarse y mantenerse con un ingreso fijo (independientemente del estado de la actividad), sin aumentar o disminuir en número, para darles un interés permanente en el establecimiento con el cual están conectados, como la de los empleados domésticos con una antigua familia, o un *esprit de corps*, como la de los soldados en un regimiento de primera.

1. Un hecho curioso en la historia del error humano es la negación por parte de los economistas de la posibilidad de regular los sueldos de manera que no varíen con la demanda de trabajo.

No vendemos a nuestro primer ministro a través de una subasta holandesa. Si enfermamos, no buscamos un médico que cobre menos que una guinea; al litigar, nunca pensamos en reducir seis y ocho peniques a cuatro y seis peniques; atrapados en una tormenta no escudriñamos entre los cocheros para encontrar uno que valore su viaje en menos de seis peniques por milla.

El mejor trabajo siempre ha sido, y es, como todo trabajo debe ser, pagado con un estándar invariable.

“¿Qué!” tal vez responderá el lector con sorpresa: “¿pagarle a los trabajadores buenos y malos igual?”

Ciertamente. Pagas con la misma cantidad, con gusto, a los predicadores buenos y malos (los trabajadores del alma) y a los buenos y malos doctores (trabajadores del cuerpo); más de lo que pagas, con gusto, con tarifas iguales, a los buenos y malos trabajadores de tu casa.

“No, pero yo elijo a mi doctor, por lo tanto indicando mi sentido de calidad para su trabajo”. Por favor elige a tu albañil; éste es el reconocimiento apropiado para el buen trabajador, ser “elegido”. El sistema correcto que respeta todo trabajo es que debe pagarse a una tarifa fija, y el buen trabajador estar empleado, y el mal trabajador estar desempleado. El sistema falso es el que le permite al mal trabajador ofrecer su trabajo a mitad de precio, ocupando el lugar del buen trabajador o forzándolo a través de la competencia a trabajar por una suma inadecuada.

2. Esta equidad en sueldos, entonces, es el primer objeto que tenemos para descubrir el camino, el segundo es mantener cantidades constantes de trabajadores empleados, independientemente de la demanda accidental del artículo que produzcan.

Los sueldos que permiten vivir a cualquier trabajador son necesariamente más altos si el trabajo está sujeto a interrumpirse, que si está asegurado y es continuo. En el último caso aceptará sueldos bajos en la forma de un sueldo fijo. La provisión de un trabajo regular para el trabajador es bueno para él como para su patrón a la larga, aun cuando entonces no pueda obtener altas ganancias o tomar grandes riesgos o apostar.

El soldado está dispuesto a sacrificar la vida por su jefe y por lo tanto se le tiene con mayor honor que a un trabajador común. En realidad, el trabajo del soldado no es matar, sino ser matado en defensa de otros. La razón por la que el mundo honra al soldado es porque pone su vida al servicio del Estado.

No es menor el respeto que damos al abogado, doctor o ministro, fundada en última instancia en su auto-sacrificio. Colocado en la silla de un juez, el abogado buscará juzgar con justicia, cualquiera que sea el resultado. El doctor tratará a sus pacientes con cuidado, no importa cuáles sean las dificultades. De manera similar el predicador instruirá a la congregación y la dirigirá por el camino correcto.

Todos los miembros eficientes de estas llamadas profesiones instruidas reciben mayor honor por parte de la estimación pública que el dirigente de una firma comercial, ya que se asume que el mercader siempre actuará con egoísmo. Su trabajo puede ser muy necesario para la comunidad; pero el motivo se considera totalmente personal. El primer objetivo del mercader en todos sus tratos debe ser (considera el público) obtener lo más posible para sí mismo y dejar lo menos posible para su cliente. Forzándolo sobre él, por estatuto político, como el principio necesario de su acción; recomendándolo,

y ellos mismos en reciprocidad adaptándolo, proclamándolo como ley para el universo, que la función de un comprador es regatear, y la del vendedor transar, -el público, sin embargo, involuntariamente condena al hombre de comercio por su adhesión a sus propios estatutos, y lo señalan para siempre como perteneciente a un nivel inferior de personalidad humana.

Deben dejar de hacerlo. Tendrán que descubrir un tipo de comercio que no sea exclusivamente egoísta. O más bien, tendrán que descubrir que nunca hubo o puede haber otro tipo de comercio; y que esto, a lo que han nombrado comercio, no era comerciar sino defraudar. En el comercio verdadero, como en el predicar verdadero o en la lucha verdadera, es necesario aceptar la idea de la pérdida voluntaria ocasional; -que los seis peniques tienen que perderse, así como las vidas, bajo un sentimiento de deber; que el mercado puede tener sus mártires, como los tiene el púlpito; y el comercio su heroísmo, como lo tiene la guerra.

Existen cinco grandes profesiones intelectuales en cada nación civilizada:

La profesión del Soldado es *defenderla*.

La del Pastor, *enseñarle*.

La del Doctor, *mantenerla saludable*.

La del Abogado, *ejercer la justicia*.

La del Mercader, *proveer para ella*.

Y el deber de todos estos hombres es, dado el caso, morir por ella. Porque en realidad el hombre que no sabe cuándo morir, no sabe cómo vivir.

Observa, la función del mercader es proveer para la nación. No es más su función obtener una ganancia para sí mismo de esta provisión que lo es una función del predicador obtener su estipendio. Este estipendio es un adjunto necesario pero no el objetivo de su vida si es que será un predicador verdadero, así como los honorarios no son el objetivo de su vida para un verdadero doctor. Tampoco son las ganancias el objetivo de vida de un mercader verdadero. Los tres, si son hombres verdaderos, tienen un trabajo que realizar independientemente de la tarifa -que debe hacerse aun a cualquier costo, o por algo bastante contrario a una ganancia; la función del pastor es enseñar; del doctor, curar; y del mercader, proveer. Esto significa que tiene que aplicar toda su sagacidad y energía a producir las cosas que comercia en perfecto estado y distribuirlas al menor precio posible, donde se necesiten más.

Y ya que la producción de cualquier bien implica la agencia de muchas vidas y manos, el mercader se convierte en el curso de su negocio en el patrón y gobernador de grandes masas de hombres de manera más directa que un oficial militar o un pastor, así que en él recae, en gran medida, la responsabilidad por el tipo de vida que lleven; y se convierte en su deber no sólo producir bienes en las formas más puras y de menor costo, sino también realizar las contrataciones involucradas en la producción de la manera más benéfica para los hombres empleados.

Ya estas dos funciones, que requieren para su ejercicio correcto de la mayor inteligencia, así como de paciencia, bondad y tacto, el comerciante comprometerá toda su energía, ya que para su justo desempeño está comprometido, como lo están un soldado y un doctor, a sacrificar, si es necesario, su vida, de tal manera en que se le pueda demandar.

Dos puntos principales tiene que mantener; primero sus compromisos; y segundo, la perfección y pureza de las cosas provistas por él; así que antes de fallar a cualquier compromiso o consentir cualquier deterioro, adulteración o precio injusto o desorbitante de aquello que él provee, está comprometido a enfrentar con valor cualquier forma de preocupación, pobreza o trabajo que puedan recaer sobre él al mantener estos puntos.

Nuevamente, en su oficina como gobernador de los hombres empleados por él, el comerciante está investido con una autoridad paternal y responsabilidad. En la mayoría de los casos, un joven que entra a un establecimiento comercial se le aísla de la influencia de su hogar; su patrón se debe convertir en su padre; o no tendrá, para el apoyo práctico y constante, un padre a la mano. Así que la única manera que el patrón puede hacer justicia a los hombres que emplea es preguntarse con rigurosidad si está tratando con sus subordinados como lo haría con su propio hijo, si las circunstancias le exigen que tome tal posición.

Suponiendo que el capitán de una fragata se viera obligado a colocar a su propio hijo en la posición de un marinero común; como trataría en este caso a su hijo, así está comprometido a siempre tratar a todos los hombres bajo su mando. Así que suponiendo también que el patrón de una fábrica se viera obligado a colocar a su propio hijo en la posición de un obrero común; como entonces trataría a su hijo, está comprometido siempre a tratar a cada uno de sus hombres. Esta es la única Regla efectiva, verdadera y práctica que puede darse sobre este punto de la economía.

Y como el capitán de un barco está comprometido a ser el último hombre que abandone la nave en caso de un naufragio y a compartir el último pan con los marineros en caso de hambruna, así el productor, en cualquier crisis comercial, está comprometido a sufrir la crisis con sus hombres, e incluso asumir más sufrimiento para sí mismo que lo que permita para sus hombres; como un padre lo haría durante una hambruna, naufragio o batalla, que se sacrificaría a sí mismo por su hijo.

Todo esto suena bastante extraño; lo único en realidad extraño en el asunto es, sin embargo, que sea tan firme. Ya que todo esto es cierto para siempre y de manera práctica; cualquier otra doctrina es imposible en la práctica, inconsistente con cualquier estado progresivo de vida nacional; toda la vida que ahora poseemos como una nación se muestra en la negación por parte de algunas mentes fuertes y corazones de fe en los principios económicos que se enseñan a nuestras multitudes, cuyos principios, así como son aceptados, llevan directamente a la destrucción nacional. Sobre los modos y formas de destrucción hacia los que guían, espero razonar aún más en el siguiente capítulo.

ENSAYO II

LAS VENAS DE LA ABUNDANCIA

La respuesta de cualquier economista a las declaraciones del capítulo anterior sería, en pocas palabras, como sigue:

“Es verdad que pueden obtenerse de manera general ciertas ventajas con el desarrollo de los afectos sociales. Pero los economistas nunca toman tales ventajas en consideración. Nuestra ciencia es simplemente la ciencia de obtener riquezas. Así que lejos de ser falible, se ha encontrado a través de la experiencia que es efectiva en la práctica. Las personas que siguen estos preceptos obtienen riquezas, y las personas que las desobedecen, se empobrecen. Todo capitalista de Europa ha adquirido su fortuna siguiendo las leyes de nuestra ciencia. Es en vano enfrentar con trucos de lógica la fuerza de los hechos logrados. Cada hombre de negocio sabe por experiencia cómo se gana el dinero y cómo se pierde”.

Perdonen. Muchos hombres de negocio sí hacen dinero, pero no saben si lo ganan por medios justos o si al hacer dinero contribuyen al bienestar de la nación. Rara vez saben el significado de la palabra “rico”. Por lo menos si lo saben, no consideran que es una palabra relativa, implicando su opuesto a “pobre” tan positivamente como la palabra “norte” implica su opuesto “sur”. Los hombres afirman, como si fuera posible, que al seguir ciertos preceptos científicos todos pueden ser ricos. Sin embargo, la riqueza es un poder como la electricidad, actuando sólo a través de las inequidades y negaciones de sí misma. El poder de la guinea que tienes en tu bolsillo depende completamente en la ausencia de una guinea en el bolsillo de tu vecino. Si no la quisiera, no te sería de utilidad; el grado de poder que posees depende estrictamente de su necesidad de ella, y el arte de hacerte rico, en el sentido mercantil ordinario del economista, es por lo tanto equivalente y necesariamente el arte de mantener a tu vecino pobre.

Deseo que el lector entienda claramente la diferencia entre las dos economías, a las cuales los términos “político” y “mercantil” pueden agregarse.

La economía política consiste simplemente en la producción, preservación y distribución, en el tiempo y lugar más adecuados, de cosas útiles y agradables. El granjero que cosecha la paja en la temporada adecuada; el constructor que coloca buenos ladrillos en el cemento bien templado; la ama de casa que cuida sus muebles en la sala y cuida que no haya desperdicio en su cocina, son todos economistas políticos en el sentido verdadero y final, añadiendo continuamente a la riqueza y bienestar de la nación a la que pertenecen.

Pero la economía mercantil significa la acumulación, en manos de individuos, que tienen una demanda legal, o poder sobre, el trabajo de otros; cada tal demanda implica precisamente tanta pobreza o débito en el otro lado como implica la riqueza o derechos en el primero.

La idea de riqueza entre hombres activos en las naciones civilizadas por lo general se refiere a tal abundancia comercial; y al estimar sus posesiones, prefieren calcular el valor de sus caballos y terrenos por la cantidad de guineas que recibirían por ellos, que el valor de sus guineas por el número de caballos y terrenos que podrían comprar.

La propiedad real es de poco uso para este dueño, a menos que unida tenga un poder comercial sobre la fuerza de trabajo. Por lo tanto, supongamos que un hombre tiene una extensa propiedad de tierras fructíferas con ricas vetas de oro en su grava; innumerables cabezas de ganado; casas y jardines y almacenes; pero supongamos que, después de todo, no pudiera conseguir sirvientes. Para que pudiera tener sirvientes, alguien en su vecindario tendría que ser pobre y desear su oro o maíz. Asumamos que nadie deseara ninguno de los dos, y que no pueda conseguir sirvientes. Tendría entonces que hornear su propio pan, confeccionar su propia ropa, arar su propia tierra y pastar su propio ganado. Su oro le sería tan útil como las otras piedras amarillas en su propiedad. Los productos almacenados se pudrirían, ya que no los podría consumir. No puede comer más que cualquier otro hombre, y usar más ropa que cualquier otro hombre. Tendrá que llevar una vida de trabajo severa y común para obtener hasta las comodidades más ordinarias.

Imagino que el hombre más codicioso aceptaría, con poco regocijo, riquezas de este tipo bajo estos términos. Lo que en realidad se desea, bajo el nombre de riqueza es, esencialmente, el poder sobre los hombres; en el sentido más simple, el poder de obtener para nuestra propia ventaja la labor de un sirviente, comerciante o artista. Y este poder de riqueza, por supuesto, es mayor o menor en proporción directa a la pobreza de los hombres sobre los cuales se ejerce y en proporción inversa al número de personas que son tan ricas como nosotros mismos, y quienes están preparados para dar el mismo precio por un artículo cuya oferta es limitada. Si el músico es pobre, cantará por una paga pequeña, mientras haya una sola persona que le pueda pagar; pero si hay dos o tres, cantará para el que le ofrezca más. Así que el arte se hacerse "rico" en el sentido común no es sólo el arte de acumular mucho dinero para nosotros mismos sino también de procurar que nuestros vecinos tengan menos. En términos exactos, es "el arte de establecer la máxima inequidad a nuestro favor".

La suposición irreflexiva y absurda de que tal inequidad es necesariamente ventajosa está en la raíz de la mayoría de las falacias populares sobre el tema de la economía. Ya que lo benéfico de la inequidad depende primero, en los métodos por los cuales se logró y segundo, en los propósitos hacia los que se aplicó. La inequidad de la abundancia establecida injustamente, ciertamente ha dañado a la nación donde existe, al ser establecida; e injustamente dirigida, la dañan aún más durante su existencia. Pero la inequidad de la abundancia justamente establecida, beneficia a la nación en el curso de su establecimiento; y noblemente usada, la ayuda aún más con su existencia.

Por lo tanto, la circulación de abundancia en una nación se asemeja a la circulación de la sangre en un cuerpo natural. Hay una aceleración de la corriente que proviene de una emoción alegre o un ejercicio saludable; y otro que viene de la vergüenza o fiebre.

Hay un rubor en el cuerpo que está lleno de calor y vida; y otro que se convertirá en putrefacción.

De nuevo, así como la determinación local enfermiza de la sangre implica la depresión de la salud general del sistema, así la acción mórbida local de la riqueza finalmente debilitará los recursos del cuerpo político.

Supongamos dos marineros varados en una costa deshabitada y obligados a sostenerse con su propio trabajo durante varios años.

Si los dos se mantuvieran saludables, y trabajaran con constancia y en armonía, podrían construirse una casa y con el tiempo poseer alguna tierra cultivada por los dos con productos almacenados para uso futuro. Todas estas cosas serían verdaderas riquezas o propiedad; y supongamos que ambos hombres han trabajado igualmente duro, los dos tendrían derecho a una cantidad o uso equivalente. Su economía política consistiría simplemente en la preservación cuidadosa y división justa de estas posesiones.

Sin embargo, tal vez después de algún tiempo, alguno de los dos podría estar insatisfecho con los resultados de sus cosechas comunes; y podrían en consecuencia ponerse de acuerdo en dividir la tierra en partes iguales, para que cada uno de ahí en adelante trabaje su propio terreno y viva de él. Supongamos que después de que se hizo este arreglo, uno de ellos se enfermara, y no pudiera trabajar su tierra en una época crucial -digamos durante la siembra o cosecha. Naturalmente, le pediría al otro que sembrara o cultivara por él.

Entonces su compañero diría, con perfecta justicia, "Haré este trabajo adicional; pero si lo hago, debes prometerme que harás lo mismo por mí en un futuro. Contaré cuántas horas dediqué a tu terreno, y tú me darás por escrito una promesa de trabajar el mismo número de horas en el mío, cuando necesite tu ayuda, y tú me la puedas dar".

Supongamos que la enfermedad del hombre indispuerto continúe, y que bajo diversas circunstancias, durante varios años, requiera la ayuda del otro, y él en cada ocasión recibiera una promesa por escrito de trabajar, tan pronto pudiera, bajo las órdenes de su compañero, por el mismo número de horas como el otro le ha dedicado.

¿Cuál será la posición de ambos hombres cuando el inválido pueda trabajar de nuevo?

Considerado como "polis" o estado, serán más pobres de lo que serían de otra manera; más pobres por la ausencia de lo que el trabajo del hombre enfermo hubiera producido durante el intervalo. Su amigo tal vez tuvo que trabajar con una energía acelerada por la creciente necesidad, pero al final su propia tierra debe haber sufrido por la ausencia de gran parte de su tiempo; y la propiedad unida de los dos hombres será menos que lo que hubiera sido si los dos se hubieran mantenido saludables y activos.

Pero las relaciones entre ambos también han sido ampliamente alteradas. El hombre enfermo no sólo ha comprometido su trabajo por algunos años, pero habrá acabado con su parte de productos almacenados, y será, en consecuencia, dependiente durante algún tiempo del otro para su comida, para la cual sólo puede "pagar" comprometiendo aún más su propio trabajo.

Supongamos que las promesas escritas se mantienen completamente válidas, la persona que había trabajado para ambos podría ahora, si lo eligiera, descansar por completo y pasar su tiempo en el ocio, no sólo forzando a su compañero a redimir todas sus promesas previas, sino obteniendo de él promesas de trabajo futuro, por una cantidad arbitraria, por cualquier comida que le dé.

Podría no existir la menor ilegalidad (en el sentido originario de la palabra) en el acuerdo; pero si un tercero llegara a la costa durante este avanzado estado en la economía política, encontraría que un hombre es comercialmente Rico; mientras que el otro es comercialmente Pobre. Vería, con no pequeña sorpresa, que uno pasa sus días descansando; mientras que el otro trabaja por los dos y vive mal, en la esperanza de recuperar su independencia en algún periodo futuro.

Lo que quiero que note de manera especial el lector es el hecho de que el establecimiento de la prosperidad mercantil que consiste en el reclamo sobre el trabajo significa una disminución política de la verdadera prosperidad que consiste en las posesiones substanciales.

Tomemos otro ejemplo, más consistente con el curso ordinario de los asuntos del comercio. Supongamos que tres hombres, en lugar de dos, formaran la república aislada, y se vieran obligados a separarse para cultivar diferentes pedazos de tierra a una distancia unos de los otros: cada estado proveyendo un tipo específico de producto y cada uno en necesidad del material provisto por el otro. Supongamos que el tercer hombre, para ahorrar tiempo a los tres, simplemente supervisa la transferencia de comodidades de una granja a la otra, a condición de recibir una parte de cada parcela de bienes transportados.

Si este cargador siempre suministra a cada propiedad, de una a la otra, lo que desea principalmente, en el tiempo adecuado, las operaciones de los dos granjeros prosperarán, y la pequeña comunidad obtendrá el mejor resultado posible en la producción o abundancia. Pero supongamos que ningún intercambio entre los propietarios es posible, excepto a través del agente viajero; y que después de un tiempo, este agente guarde los artículos que se le han confiado hasta que haya un periodo de extrema necesidad, de una parte o de la otra, y entonces, a cambio de los productos, extraiga todo lo que el granjero angustiado pueda compartir de otros productos; es fácil ver que al cuidar con ingenio sus oportunidades, podría llegar a poseer gran parte de los excedentes de producción de las dos propiedades, y finalmente, en un año de carestía, comprarlas para sí mismo y, en adelante, mantener a los propietarios previos como sus trabajadores o sirvientes.

Este sería el caso de una prosperidad comercial adquirida en base a los principios más exactos de la economía política. Pero es claro en esta instancia también que la prosperidad del Estado o de los tres hombres considerados como una sociedad, es colectivamente menor de lo que hubiera sido si el mercader hubiera estado satisfecho con una ganancia más justa. Las operaciones de los dos granjeros se han restringido al máximo; la limitación en el suministro de cosas que requerían en momentos críticos, junto con la falta de valentía consecuente a la prolongada lucha por sobrevivir, deben haber reducido los resultados efectivos de su trabajo; y los almacenes acumulados por el mercader no serán de igual valor a aquéllos que, si hubiera sido honesto, llenarían los graneros de los granjeros y los propios.

La cuestión, por lo tanto, no sólo acerca de la ventaja sino aun sobre la cantidad de abundancia nacional, se resuelve finalmente en una de justicia abstracta. El valor real de la abundancia adquirida depende de la señal moral que se le agregue, tan directamente como una cantidad matemática depende del signo algebraico que se le agregue. Cualquier acumulación dada de abundancia comercial puede ser indicador, por una parte, de industrias fieles, energía progresista e ingenio productivo; o por la otra parte, puede ser indicador de una lujuria mortal, tiranía sin compasión, embustes ruinosos.

Y éstos no son meramente atributos morales de la riqueza, que el buscador de riqueza puede, si así lo elige, despreciar; son literalmente los atributos materiales de la riqueza, al despreciar o exaltar la significación monetaria de la suma en cuestión. Una masa de dinero es el resultado de la acción que crea, -otra, de la acción que aniquila,- diez veces más en el intento de obtenerla.

Por lo tanto, la idea de que puede darse direcciones para adquirir abundancia, independientemente de las consideraciones sobre sus orígenes morales, es tal vez la más insolentemente estéril de todas las ideas que han seducido a los hombres a través de sus vicios. No sé que exista en la historia muestra de algo tan desvergonzante para el intelecto humano como la idea moderna de que el texto comercial "Compre en el mercado más barato y venda en el más caro" representa un principio posible de economía nacional. ¿Comprar en el mercado más barato? - sí; ¿pero qué hizo que tu mercado fuera barato? El carbón puede ser barato entre los maderos de tu techo después de un incendio y los ladrillos pueden ser baratos en tus calles después de un terremoto; pero el incendio y el terremoto pueden no ser, por lo tanto, de beneficio para la nación. ¿Vender en el más caro? -sí, en realidad; pero ¿qué encareció tu mercado? Vendiste tu pan bien hoy; ¿fue a un hombre moribundo que te dio su última moneda y nunca más necesitará comprar pan; o a un hombre rico que mañana pasará sobre ti para comprar tu granja; o a un mercenario en camino a robar el banco donde has depositado tu fortuna?

No puedes saber ninguna de estas cosas. Sólo de algo puedes estar seguro; esto es, si tus transacciones han sido justas y fieles, que es todo lo que necesitas saber al respecto; seguro entonces de haber hecho tu parte para llevar al mundo, en última instancia, a un estado de cosas que no provocarán pillaje o muerte.

Se ha demostrado que el valor principal del dinero consiste en su poder sobre los seres humanos; que sin este poder las grandes posesiones materiales son inútiles, y a la persona que posea tal poder, comparativamente innecesaria. Pero el poder sobre los seres humanos se puede obtener por otros medios además del dinero.

En el poder moral hay un valor monetario tan real como el representado por monedas ponderosas. La mano de un hombre puede estar llena de oro invisible, y extender la mano o cerrar el puño hará más que la de otro con una torrente de lingotes.

Pero aun más. Ya que la esencia de la abundancia consiste en su autoridad sobre los hombres, si la abundancia aparente falla en este poder, cesa de ser abundancia. No parece que en los últimos tiempos, en Inglaterra, la autoridad sobre los hombres sea absoluta.

Finalmente, ya que la esencia de la abundancia consiste en el poder sobre los hombres, no resultaría en que a mayor nobleza y mayor número de personas sobre las que tiene poder, ¿mayor será la abundancia? Tal vez incluso parezca, después de algunas consideraciones, que las personas en sí mismas son la abundancia; no el oro o la plata. Las verdaderas venas de abundancia son moradas -y no se encuentran en la Roca sino en la Carne. La consumación final de toda abundancia es producir tantos seres humanos llenos de vida, de ojos brillantes y corazones alegres como sea posible. En alguna hora lejana y aún ni siquiera soñada, puedo imaginar que en lugar de adornar los turbantes de los esclavos con diamantes de Golkonda y así mostrar su prosperidad material, Inglaterra, como una madre cristiana, pueda por fin atenerse a las virtudes y tesoros de una madre no cristiana y guiar a sus Hijos diciendo,

“Estas son MIS joyas”.

ENSAYO III

JUSTICIA IMPARCIAL

Algunos siglos antes de la era cristiana, un mercante judío, conocido por haber amasado una de las mayores fortunas de su tiempo (con buena reputación también por su gran sagacidad práctica), dejó entre sus anotaciones algunas máximas generales que se han preservado aun hasta nuestros días. Fueron respetadas por los venecianos que colocaron una estatua del viejo judío en la esquina de uno de sus edificios principales. En los últimos años, estos escritos se han cuestionado, ya que se oponen al espíritu del comercio moderno.

Dice, por ejemplo, en una parte: "Obtener tesoros con una lengua mentirosa es una vanidad que pasa de unos a otros de los que buscan la muerte"; añadiendo en otra, con el mismo significado: "Los tesoros que provienen de la maldad no tienen ganancias; pero la verdad nos rescata de la muerte". Ambos pasajes son notables por afirmar que la muerte es el único aspecto real y la suma de lo que se obtiene por medio de cualquier ardid injusto utilizado para obtener prosperidad. Si leemos en lugar de "lengua mentirosa", "etiqueta, título, pretensión o publicidad mentirosa", percibiremos con mayor claridad la fuerza de estas palabras en los negocios modernos.

De nuevo el hombre sabio dice: "Aquél que oprima a los pobres para incrementar sus riquezas, con seguridad pasará necesidad". Y de nuevo con mayor fuerza: "No robes al pobre porque es pobre; ni oprimas al afligido en su lugar de negocio. Ya que Dios pudrirá el alma de aquellos que los pudrieron".

Este "robar al pobre porque es pobre" es especialmente la forma mercantil de hurto que consiste en tomar ventaja de las necesidades de un hombre para obtener su fuerza de trabajo o propiedad a un precio reducido. El salteador de caminos ordinario roba a los ricos, pero el mercader roba a los pobres.

Pero los dos pasajes más extraordinarios son los siguientes:

***"Los ricos y los pobres se han encontrado.
Dios es su creador".***

***"Los ricos y los pobres se han encontrado.
Dios es su luz".***

Ellos "se han encontrado". Eso quiere decir, mientras perdure el mundo, la acción y reacción de la prosperidad y la pobreza es tanto una ley designada por el mundo como el fluir de un arroyo al mar: "Dios es su creador". Pero también esta acción puede ser gentil y justa, o convulsiva y destructora; puede ser por la furia de una inundación devoradora o por el lapso de una ola servicial. Y cuál de éstas será depende en ambos los ricos y los pobres, sabiendo que Dios es su luz.

El fluir de los arroyos es en un sentido una imagen perfecta de la acción de la abundancia. Hacia donde la tierra declina, hacia allá va el agua. Así la abundancia debe ir hacia donde se le requiere. Pero la disposición y administración de los ríos puede ser alternada por la planeación humana. El hecho de que un arroyo sea una amenaza o una bendición depende del trabajo del hombre y su administración inteligente. Durante siglos, los distritos del mundo, ricos en tierra y favorecidos por el clima, se han visto devastados bajo la furia de sus propios ríos; no sólo devastados, sino amenazados por la plaga. El arroyo que, si bien dirigido, pudo haber fluído en una irrigación suave de campo en campo -hubiera purificado el aire, dado comida al hombre y bestia, y llevado sus cargas en su seno -ahora abruma a la planicie y envenena el aire: su aliento es pestilente, y su trabajo, hambruna. De similar manera, las leyes humanas pueden guiar el flujo de la abundancia. El canal y el bordo pueden hacer esto con tal cuidado, que se convertirá en el agua de la vida -las riquezas de la mano de la sabiduría; o por el contrario, al dejarlo a su fluir sin ley, pueden transformarlo en la última y más mortal de las plagas nacionales: el agua de Marah -el agua que alimenta las raíces de todo mal.

Curiosamente se omite la necesidad de estas leyes de distribución o restricción en la definición ordinaria de un economista a su propia "ciencia". La llama la "ciencia de hacerse rico". Pero hay muchas ciencias, así como muchas artes para hacerse rico. Envenenar a las personas de las grandes propiedades fue una manera empleada con frecuencia en la Edad Media; la adulteración de la comida de las personas en las pequeñas propiedades es una empleada con frecuencia ahora. Todas éstas se clasifican bajo el título general de ciencias o artes de volverse rico.

Así que el economista al llamar a su ciencia la ciencia de volverse rico debe añadir algunas ideas de limitación a su carácter. Asumamos que quiere decir que su ciencia es la ciencia de "hacerse rico por medios legales o justos". En esta definición, ¿permanecerá finalmente la palabra "justo" o "legal"? Ya que es posible que haya procedimientos legales que no son de ninguna manera justos. Si, por lo tanto, dejamos sólo la palabra "justo" en ese lugar en nuestra definición, resulta que para hacerse rico científicamente debemos hacernos ricos con justicia; y por lo tanto, saber lo que es justo. Es el privilegio de los peces, como lo es de las ratas y lobos, vivir por las leyes de la demanda y oferta; pero es la distinción de la humanidad vivir por aquéllas de lo correcto.

Debemos examinar entonces cuáles son las leyes de la justicia con respecto al pago de un trabajo.

El pago monetario, como se estableció en mi último artículo, consiste radicalmente en la promesa a alguna persona que trabaja para nosotros, que por el tiempo y trabajo dedicado a nuestro servicio hoy, le daremos o procuraremos un tiempo y labor equivalente a su servicio en cualquier tiempo futuro cuando él lo demande.

Si le prometemos menor labor de la que nos ha dado, le estamos pagando de menos. Si le prometemos más labor de la que nos ha dado, le estamos pagando de más.

En la práctica, cuando dos hombres están listos para hacer un trabajo y sólo uno quiere que se realice, los dos hombres bajan su precio frente al otro; pero el que lo obtenga, será pagado de menos. Pero cuando dos hombres quieren que se realice un trabajo, y sólo hay un hombre que lo haga, los dos hombres que requieren el trabajo suben el precio frente al otro, y al trabajador se le paga de más. El principio central de pago correcto o justo se encuentra entre estos dos puntos de injusticia.

Así como el trabajo bien dirigido es tan fructífero como una semilla, la fruta (o “interés” como se le llama) del trabajo realizado primero, o “anticipado”, debe tomarse en cuenta e igualarse con una cantidad adicional de trabajo en la retribución subsecuente. Por lo tanto, la forma típica de regatear será: si me das una hora hoy, te daré una hora y cinco minutos cuando me lo solicites. Si me das una libra de pan hoy, te daré 17 onzas cuando me lo solicites, y así sucesivamente.

Si dos hombres están listos para hacer el trabajo y yo empleo al que ofrece trabajar por medio precio, estará medio hambreado mientras que el otro hombre estará desempleado. Aun si doy los pagos debidos al trabajador elegido por mí, el otro hombre estará desempleado. Pero entonces mi trabajador no tendrá que pasar hambre, y yo habré hecho un uso justo de mi dinero. Si pago lo debido a mi hombre, no podré amasar riquezas innecesarias, desperdiciar dinero en lujos e incrementar la masa de pobreza en el mundo. Pero el trabajador que recibe de mí el pago debido actuará de manera justa con sus subordinados. Por lo tanto, el arroyo de justicia no se secará, sino adquirirá fuerza a medida que fluya. Y la nación, con tal sentido de justicia, será feliz y próspera.

Encontramos entonces que los economistas se equivocan al pensar que la competencia es buena para una nación. La competencia sólo permite que el comprador obtenga el trabajo injustamente barato, con el resultado de que el rico se hace más rico y el pobre más pobre. A la larga, sólo puede llevar a una nación a la ruina. Un trabajador debe recibir el salario justo de acuerdo a su habilidad. Aun así habrá algún tipo de competencia, pero la gente será feliz y tendrá habilidades porque no tendrán que cobrar más poco que el otro, sino adquirir nuevas habilidades para asegurar el empleo. Este es el secreto de lo atractivo en los trabajos de gobierno en los que los salarios se fijan de acuerdo a la gradación de puestos. El candidato al puesto no ofrece trabajar por un salario más bajo pero sólo aduce que es más hábil que sus competidores. Lo mismo es el caso en el ejército y en la marina, donde hay poca corrupción. Pero en el comercio y manufactura hay una competencia opresiva, que resulta en fraude, engaños y robo. Se producen bienes podridos. El productor, el trabajador, el consumidor, -cada uno cuida sus propios intereses. Esto envenena todo el intercambio humano. Los trabajadores se mueren de hambre y se lanzan a la huelga. Los productores se convierten en bribones y los consumidores también se desprecupan por el aspecto ético de su propia conducta. Una injusticia lleva a otra, y al final el patrón, el operador y el consumidor están todos inconformes y se dirigen hacia la destrucción y ruina. La misma abundancia de la gente actúa sobre ellos como una maldición.

Nada en la historia ha sido tan desafortunada para el intelecto humano como la aceptación entre nosotros de las doctrinas comunes de la economía como una ciencia. No conozco ninguna instancia previa en la historia en la que se establezca una desobediencia sistemática por parte de una nación al primer principio de una religión profesada.

Las escrituras que (verbalmente) estimamos como divinas no sólo denuncian el amor al dinero como la fuente de toda maldad y como una idolatría aborrecida por la deidad, pero declaran el servicio mamón como un preciso e irreconciliable opuesto al servicio a Dios; y cuando hablan de la riqueza absoluta y de la pobreza absoluta, se lamentan del rico y bendicen al pobre.

La economía verdadera es la economía de la justicia. La gente será feliz a medida en que aprendan a ser justos y rectos. Todo lo demás no sólo será en vano pero guiará directamente a la destrucción. Enseñar a la gente a hacerse rica por astucia o robo es hacerles un inmenso daño.

ENSAYO IV

AD VALOREM

Hemos visto cómo las ideas sobre las que se basa la economía política nos engañan. Trasladas en acciones sólo pueden entristecer al individuo y a la nación. Hacen más pobres a los pobres y más ricos a los ricos, y ninguno es más feliz por ello.

La economía no considera la conducta de los hombres pero establece que la acumulación de riqueza es señal de abundancia, y que la felicidad de las naciones depende sólo de su abundancia. Entre más empresas, más contentos. Por lo tanto los hombres dejan sus granjas con los vientos primaverales y al llegar a las ciudades viven vidas disminuidas en medio del ruido, la obscuridad y la exaltación mortal. Esto lleva a un deterioro del psique nacional, y a un incremento en la avaricia e inmoralidad. Si alguien toma los pasos adecuados para erradicar el vicio, los llamados hombres sabios dirán que no tiene caso que los pobres reciban educación y que es mejor dejar las cosas en paz. Se olvidan, sin embargo, que los ricos son los responsables por la inmoralidad de los pobres, quienes trabajan como esclavos para proveerlos de lujos y que no tienen un momento para dedicarse a su propia mejora. Envidiando a los ricos, los pobres también intentan ser ricos y cuando fallan en este esfuerzo, se enojan. Entonces pierden su sentido e intentan hacer dinero por la fuerza o con fraude. Por lo tanto ambos, la prosperidad y el trabajo, pierden todos sus frutos o serán utilizados para engañar.

El trabajo en el sentido real del término es aquél que produce artículos útiles. Los artículos útiles son los que sostienen la vida humana, como comida, ropa o casas, y permiten a los hombres perfeccionar las funciones de su propia vida al máximo y también ejercer una influencia positiva sobre la vida de otros. El establecimiento de grandes empresas para que la gente se haga rica puede guiar a una persona al pecado. Muchas personas amasan riquezas pero no hacen buen uso de ésta. La abundancia acumulada que lleva a la destrucción de una nación no tiene ningún uso terreno. Los capitalistas de los tiempos modernos son responsables por las guerras extendidas e injustas que se originan por la codicia de la humanidad.

Algunas personas dicen que no es posible impartir el conocimiento para mejorar la condición de las masas; por lo tanto, vivamos como nos parezca y amasemos fortunas. Pero ésta es una actitud inmoral. Ya que el hombre bueno que sigue las reglas éticas y no se deja llevar por la avaricia tiene una mente disciplinada, no se distrae del camino correcto e influye en otros a través de sus actos. Si los individuos que constituyen una nación son inmorales, también lo será la nación. Si nos comportamos como nos plazca y al mismo tiempo llevamos a nuestros vecinos a trabajar para su perjuicio, los resultados sólo pueden ser desilusionantes.

Por lo tanto vemos que el dinero es sólo un instrumento que produce miseria así como felicidad. En manos de un hombre bueno ayuda a cultivar la tierra y levantar la cosecha.

Los agricultores trabajan en inocente alegría y la nación es feliz. Pero en manos de un hombre malo, el dinero ayuda a producir, por decir, pólvora que provoca estragos entre sus productores así como entre sus víctimas. Por lo tanto NO HAY ABUNDANCIA SINO VIDA. El país más rico será el que nutra el mayor número de seres humanos nobles y felices; el hombre más rico es el que, habiendo perfeccionado las funciones de su propia vida al máximo, también tenga la influencia positiva más amplia, tanto personal y a través de sus posesiones, sobre la vida de otros.

No es tiempo de auto-indulgencia sino de que cada uno de nosotros trabajemos de acuerdo a nuestra capacidad. Si un hombre vive en ocio, otro tiene que trabajar lo doble. Esta es la raíz en el malestar de los pobres en Inglaterra. Algunos llamados trabajos con inútiles, como el tallado de gemas, o destructivos, como la guerra. Provocan una disminución en el capital nacional y no son benéficos para el trabajador mismo. Parece que los hombre tienen trabajo, pero en realidad están ociosos. Los ricos oprimen a los pobres con el mal uso de las riquezas. Los patrones y empleados se enfrentan con puñales, y los hombres se ven reducidos al nivel de bestias.

CONCLUSIÓN

El libro de Ruskin así parafraseado ofrece una lección a los indios, no menos que para los ingleses a quien se dirigió en principio. Ideas nuevas están en el aire en India. Nuestros hombres jóvenes que han recibido una educación occidental están llenos de espíritu. Este espíritu debe dirigirse en los canales adecuados, porque de otra manera sólo nos hará daño. "Déjenos tener Swaraj", es un lema; "Déjenos industrializar el país", es otro.

Pero apenas entendemos lo que es Swaraj. Natal por ejemplo, disfruta del Swaraj pero su Swaraj nos huele mal, porque aplasta a los negros y oprime a los indios. Si por alguna oportunidad los negros e indios dejaran Natal, sus hombres blancos pelearían entre ellos y provocarían su propia destrucción.

Si no como la de Natal, ¿tendremos Swaraj como la de Transvaal donde uno de sus líderes, el General Smuts, rompe sus promesas, dice una cosa y hace otra? Ha eliminado los servicios de la policía inglesa y empleado a *Africanders* en su lugar. No creo que esto ayude a ninguna de las nacionalidades a largo plazo. Los hombres egoístas robarán a su propia gente, cuando ya no haya más "extranjeros" a quien robar.

Por lo tanto, Swaraj no es suficiente para hacer a una nación feliz. ¿Cuál sería el resultado de que Swaraj se confiriera a una banda de ladrones? Estarían felices sólo si estuvieran bajo el control de un hombre bueno que no fuera él mismo un ladrón. Los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, por ejemplo, son estados poderosos, pero no hay razón para pensar que son en realidad felices.

Swaraj en realidad significa auto-control. Sólo aquél que es capaz de auto-control, quien sigue las reglas de la moralidad, que no hace trampa o se aleja de la verdad, y cumple sus deberes con sus padres, esposa e hijos, sirvientes y vecinos. Ese hombre disfruta de Swaraj, no importa dónde viva. Un estado disfruta de Swaraj si puede presumir de tener una gran cantidad de estos buenos ciudadanos.

No está bien que una persona gobierne sobre otra. El dominio británico sobre la India es una maldad, pero no nos precipitemos con la idea de que todo estará bien cuando los británicos se alejen de la India.

La existencia del dominio británico en el país es debido a nuestra desunión, inmoralidad e ignorancia. Si sobrepasamos estos defectos nacionales, no sólo dejarán los británicos a la India sin un solo disparo, pero estaríamos disfrutando del Swaraj verdadero.

Algunos tontos indios se regocijan aventando bombas, pero si todos los británicos del país fueran así asesinados, los asesinos se convertirían en los gobernadores de India que sólo tendría un cambio en los amos. La bomba ahora aventada hacia los ingleses se dirigiría hacia los indios después de que los ingleses se hubieran ido. Fue un francés

quien mató al presidente de la República Francesa. Y fue un americano que mató al Presidente Cleveland. No imitemos ciegamente a la gente occidental.

Si el Swaraj no se puede obtener a través del pecado de matar ingleses, tampoco se puede obtener por la erección de enormes empresas. El oro y la plata pueden acumularse pero no nos llevarán al establecimiento de Swaraj. Ruskin ha probado esto ampliamente. La civilización occidental es apenas un bebé, de apenas cien o cincuenta años. Y sin embargo ha reducido a Europa a un estado lamentable. Oremos que la India se salve del destino que ha caído sobre Europa, donde las naciones están listas para atacarse unas a otras, y están quietas sólo debido al apilamiento de armamento. Algún día habrá una explosión y entonces Europa será el verdadero infierno sobre la Tierra. Las razas no blancas son vistas como víctimas legítimas por cada estado europeo. ¿Qué puede esperarse donde la codicia es la pasión dominante en las bestias de los hombres? Los europeos saltan sobre nuevos territorios como cuervos sobre un pedazo de carne. Me inclino a pensar que esto es debido a sus empresas productoras en masa.

India debe tener Swaraj, pero lo debe hacer por métodos correctos. Nuestro Swaraj debe ser un Swaraj real, que no puede obtenerse por la violencia o la industrialización. La India fue en un tiempo una tierra dorada, porque los indios tenían entonces corazones de oro. La tierra es todavía la misma pero es un desierto porque somos corruptos. Puede convertirse en una tierra de oro otra vez sólo si el metal base de nuestro carácter nacional actual se transforma en oro. La piedra filosofal que puede efectuar esta³ transformación es una pequeña palabra de dos sílabas *Satya* (Verdad). Si cada indio se apeg a la verdad, Swaraj vendrá a nosotros por sí mismo.